

## Sólo quien ama perdona

“Le son **perdonados** sus **muchos** pecados, porque **amó mucho**; pero a quien **poco** se le **perdona, poco ama**” (Lc. 7,47)

**U**na de las grandes características temáticas y teológicas de la primera parte de la obra lucana, es decir el Tercer Evangelio, es el énfasis que da al tema del perdón como resultado necesario del amor más elevado, que en el Nuevo Testamento se entiende como ágape. Este proceso que va del amor al perdón provocando el amor, se conoce en toda la Escritura, tanto Antiguo como Nuevo Testamento, con el nombre de alianza, ya que en este pacto o contrato entre el Señor y su pueblo, El Señor Dios ama plenamente y, por lo tanto, perdona plenamente y el pueblo sólo cuando ama al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todo su ser (Dt 6,4-5; Jn 1,10-13 ), está en capacidad de aceptar el perdón pleno que le ofrece el Señor su Dios.



Por  
Pbro. Diego Fernando Restrepo  
Uribe, Estudiante en Roma

En el capítulo 7 del evangelio según Lucas (Lc 7,36-50) se encuentra el pasaje en el que estando Jesús comiendo en la casa de un fariseo, entró una mujer pecadora<sup>1</sup> y le lavó los pies con sus lágrimas, se los secó con sus cabellos, se los besó y se los ungió con aceite perfumado. Esta situación causó el reproche de Simón, el fariseo que había invitado a Jesús a su casa, al que responde Jesús con una pequeña parábola y un fuerte reproche, ya que el gesto de la mujer era el gesto común para recibir a un invitado de elevada importancia y Simón lo había omitido. A pesar de los reproches del fariseo Jesús perdona a la mujer anónima, pero por todos conocida gracias a sus muchos pecados, e indica la razón de su

proceder para conceder su perdón a la mujer.

En la razón de Jesús para perdonar se evidencian dos acciones para nada contrarias, sino absolutamente cercanas e indispensables para alcanzar la reconciliación y la reparación: amar y perdonar. Se trata de un amar muy específico que incluye un *despojarse* y la donación de sí mismo, de los propios intereses y de las propias ambiciones (Lc 22,42; Flp 2,6-11); al estilo del amor de Dios para con el hombre, el cual se da a sí mismo en su Hijo Jesucristo (Jn 1,9-14), para que el hombre alcance la justificación (Rm 8,1-11); y al estilo del amor de la pecadora del evangelio según Lucas que a pesar de ser excluida de la vida social y religiosa, por su condición de pública pecadora (Lc 7,37), le da a Jesús todo lo que tiene: sus lágrimas, sus cabellos, sus besos y su ordinario aceite perfumado.

La segunda acción, perdonar, al igual que la primera incluye un *despojarse*, ya que el significado más genuino de esta palabra, tan recurrente en la Sagrada Escritura, indica borrar, tolerar, dejar atrás, abandonar, no hacer caso, despedir... al estilo de Jesús que en el texto de Lucas 7 ha borrado, tolerado, dejado atrás, despedido... los **muchos** pecados de la mujer al reconocer que ella le ha dado **todo** lo que tiene, hasta el punto de decirle “te son perdonados tus pecados” (Lc 7, 48).<sup>2</sup>

Estas dos acciones del texto de Lucas están acompañadas de un adjetivo, mucho, en la primera parte de la frase y de su antónimo, poco, en la segunda parte. Estas dos palabras constituyen la condición necesaria para perdonar, amar mucho, y el

resultado inevitable del proceso, perdonar mucho (Mt 18,22). No existe perdón real sin amor auténtico y oblativo, porque el perdón es el resultado del amor, así como el ser salvados y justificados de los pecados es posible solamente gracias a la entrega total de Jesús en la cruz y a su resurrección (Gl 3,1-14). Y este amor total que solo se alcanza cuando se da todo es lo único capaz de hacer al hombre lo necesariamente libre para perdonar, es decir, para olvidar,

para no hacer caso, para borrar y dejar atrás el dolor, el sufrimiento y la muerte que otro, que también ama, le ha causado (Lc 23, 33-43). A la luz del texto de Lucas, en definitiva, se puede decir que es indispensable amar para perdonar, pero que también es indispensable amar para aceptar el perdón, es así como si no se ama no se tiene la capacidad de perdonar, ni de dejarse perdonar, ni de reparar el daño que se hace con el pecado.

1. El texto no menciona el nombre de esta mujer, por lo tanto no se trata de María Magdalena (Lc 8,2) ni de María la hermana de Lázaro y de Marta (Lc 10,39; Jn 11,5); el texto no menciona el nombre porque lo único que interesa saber sobre la mujer es que es pecadora.

2. Dos textos muy iluminadores son Lc 10,25-37, donde el samaritano no hace caso a la división radical entre samaritanos y judíos y olvida esta tradición para socorrer al moribundo, y Lc 15,11-32, donde el padre olvida que su hijo ha despilfarrado la herencia y lo perdona, hasta el punto de hacerle una fiesta.

## La paz, si es posible

*“Felices los que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos de Dios” (Mt.5, 9)*

**E**n el siglo XX, más de 200 millones de seres humanos, en gran parte civiles indefensos, han sido masacrados en guerras, revoluciones, conflictos políticos, religiosos y raciales. A estas cifras hay que añadir las innumerables víctimas de la delincuencia común, que se están extendiendo en gran parte de las naciones del planeta. La violencia se ha vuelto algo normal no sólo en los campos de batalla, sino también en las calles de las ciudades más avanzadas, “En Medellín, 35.046 muertes entre 2004-2009 eran evitables, así lo determinó un estudio del Grupo de Investigación Demografía y Salud de la Facultad Nacional de Salud Pública”.<sup>1</sup> A pesar de los enormes progresos de la ciencia



Por  
Pbro. Fabián Emilio Ortega  
Jiménez, Delegado Arzobispal  
para la Pastoral de la  
Reconciliación - Arquidiócesis de  
Medellín

y de la técnica, y no obstante el perfeccionamiento de los métodos policiales y militares, hasta ahora no ha sido posible encontrar un remedio eficaz contra el odio que zigzaguea la sociedad.

Ésta es una realidad atroz que desde nuestra infancia la estamos viviendo en el campo y en la ciudad. Entonces ¿qué hacemos?, muchos han perdido la esperanza de vivir la paz, otros nos dedicamos a orar y actuar esperando que Dios nos haga el milagro de la paz, acabando este virus de conflicto y de violencia irracional.

Recuerdo la visita de su Santidad Juan Pablo II a Colombia, que tenía como lema: “CON LA PAZ DE CRISTO POR LOS CAMINOS DE COLOMBIA”; nos dejó un gran mensaje donde nos habló ampliamente de la civili-



## ¿Qué quiere decir el Perdón?

Un experto como Robert Enright nos define el perdón así: "La disposición a abandonar el derecho al resentimiento, al juicio negativo y a la conducta indiferente hacia quien nos haya ofendido injustamente, cultivando más bien actitudes de compasión y bondad".<sup>2</sup>

El sacerdote Leonel Narvárez Gómez, Presidente de la Fundación para la Reconciliación, nos hace claridad sobre esta definición, explicándonos que perdonar es, pues, mucho más que aceptar o tolerar la injusticia, mucho más que frenar la rabia y el dolor que deriva de una ofensa. Un error común es pensar que perdonar corresponda a olvidar. Perdonar no significa en absoluto olvidar, sino recordar con otros ojos. De esta manera, el perdón se convierte en el modo más inteligente y sabio de administrar la "memoria ingrata", constituida por todas las inevitables limitaciones y ofensas causadas por nuestro prójimo con el paso del tiempo. Perdonar reconstruye la memoria y evita el olvido. En nuestro cristianismo, en el sacramento de la Eucaristía constituye un poderoso ejercicio de administración del recuerdo. Hagan esto en memoria mía, dice Jesús. Es la memoria triste de un asesinato transformada en memoria que redime.

El perdón es más bien un ejercicio personal de limpieza interior y de catarsis que sirve para volver a encontrar el bienestar, pero también para

zación del amor, la Paz es la civilización del amor.

Y nuestro Papa Francisco nos dice: "no es la cultura de la confrontación, la cultura del conflicto, la que construye la convivencia en los pueblos y entre los pueblos, sino esta: la cultura del encuentro, la cultura del diálogo: éste es el único camino para la paz".

Con esta historia que hacemos los hombres y mujeres de buena voluntad, tenemos en nuestra querida patria colombiana la gran oportunidad, en términos bíblicos "El Kairós", el tiempo de Dios, para decir un sí radical a la Paz, todo se nos está dando de una manera espectacular, y precisamente nuestro Arzobispo Ricardo Tobón Restrepo nos ha convocado a toda la Arquidiócesis de Medellín a un gran itinerario titulado "**PAZ PARA TODOS**", con el gran objetivo de comprometernos seriamente en la construcción de la paz mediante una educación personal y comunitaria para el perdón, la reconciliación y la solidaridad. Así estaremos tomando la decisión más inteligente y sabia para el presente y el futuro de la humanidad,

elegir la Paz como opción de vida.

Esta construcción de paz, *peace, paix, pax, shalom, salam, friedem, pace*, como se pronuncie en los diferentes idiomas, es el anhelo de toda una humanidad sensata, que diariamente está evolucionando hacia el ideal de un humanismo más integral.

Las palabras del profeta Isaías: "¡Que alegría ver venir por las montañas al mensajero que anuncia la paz"(Is.52,7), nos animará a que nos comprometamos con el gran proyecto de ser personas que nos pongamos en marcha, por el norte, por el sur, por el oriente y por el occidente, por trochas, por calles, avenidas, autopistas, en el aire, en el mar, en todo lugar y espacio donde nos encontremos a proclamar con palabras y hechos signos de paz, como por ejemplo, en la forma como pienso, me expreso y actúo.

Me surge una pregunta ¿Cómo puedo vivir esa paz para todos, desde el perdón, la reconciliación y la solidaridad?, por eso vamos a indagar sobre estas tres palabras tan importantes.

evitar los excesos y la escalada de violencia a través de la vuelta de la venganza.

Desde nuestro humanismo cristiano el perdón tiene tres momentos:

El nivel más elemental es **“no volver el mal por el mal”**, es decir no responder de la misma manera, “devolver mal con mal”, suele ser la reacción primera o espontánea. El nivel de perdón más elemental es no desear el mal a otra persona.

El segundo momento, es **“botar el veneno que el mal introduce en mí”**, sacar el mal que ha introducido en la persona, la acción maligna del otro.

El tercer momento es **“devolver bien por mal”**. Allí el perdón se realiza plenamente. Es recordar lo que nos dice San Pablo: “No te dejes vencer por el mal, por el contrario vence el mal haciendo el bien” (Rm. 12, 21).

Perpetúa siempre este lema: “Ofrece el perdón, recibe la paz”.

### ¿Qué quiere decir Reconciliar?

La reconciliación es la necesidad de restablecer la relación con el otro, rota a través del mal. El mal rompe la relación con el otro, las personas no pueden vivir sin relaciones con los otros. La reconciliación es un acto humano. Las personas no se reconcilian por buenas, sino por ausencia de algo esencial, la relación con el otro. Yo me bloqueo si no estoy en relación con los otros, por eso la recon-

ciliación es una necesidad humana.

Miremos la teología de la reconciliación en San Pablo: “Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió con Él por medio de Cristo y nos encomendó el ministerio de la reconciliación” (2 Cor. 5,18), este versículo emplea el lenguaje de la Reconciliación para designar la acción Divina. La realidad de la nueva creatura que se dio a partir de la muerte de Cristo por todos es fruto de la reconciliación, que obró Dios mismo por medio de Él. Dios es definido como el que nos reconcilió consigo por medio de Cristo. Dios es la fuente de la reconciliación y Cristo es el medio por el cual la otorga.

Reconciliar es hacer la paz entre los que estaban en guerra, unir a los que se habían separado.

En San Pablo el término reconciliación equivale al de justificación. Justificar y reconciliar son dos términos distintos que se refieren a la misma realidad. Cuando Dios hace justo al pecador, le está perdonando los pecados, esto equivale a la reconciliación, donde Dios no tiene en cuenta los pecados.

Dios es autor de la reconciliación, y nos dio la diaconía de la reconciliación. El servicio del Evangelio de Cristo entendido en su plenitud constituye esta gracia de Reconciliación.

Por la justificación Dios hace justo al pecador, por la reconciliación Dios hace amigo al enemigo, es decir el hombre transgresor es cambiado por Dios.

En la práctica se ha visto que el ejercicio de la reconciliación empieza por la víctima. Es ella y sólo ella la que posee la llave de la reconciliación, abriéndose a la gracia que Dios le da, “donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia de Dios” (Rm.5, 20). El proceso de la reconciliación tanto a nivel personal como a nivel colectivo y político, no es más que un ejercicio de recuperación de la confianza del prójimo.

Hagamos eco: “Con reconciliación sí hay futuro”.

La invitación que tenemos es grande. La paz sí es posible, si decidimos ya mismo, donde nos encontremos a experimentar y creerle al perdón y a la reconciliación como caminos hacia la paz.

Y recordemos que “Cristo es nuestra paz” (Ef.2, 14)

“Si queremos un mundo de paz y de justicia hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor” (Antoine de Saint-Exupery)

---

1. El Colombiano, Lunes 7 de octubre de 2013, pág.2

2. Enright, Robert; Interpersonal Forgiveness. Universidad de Wisconsin, Madison, 1998, págs. 46-47.